

Mejor No salgas

EVE GIL

Siempre que regresaba de sus exilios le aguardaba algún cambio (la ciudad de México mutaba continuamente, haciéndola pensar en una serpiente mordiéndose la cola); ella misma era siempre otra en cada regreso, con mayor razón ahora, pensó mientras miraba de reojo a la recién nacida que dormía entre sus brazos, como ajena a esta vida.

Durante el trayecto, aquella negra y mullida cabecita sería tocada por infinidad de manos, infantiles, tersas, maduras y decididamente decrepitas, sin que la bebé manifestara la menor señal de enterarse. La Mujer la palpaba de continuo para convencerse de que respiraba aún, tal era la indiferencia de la bebé ante el alborozo que su sola existencia producía. Las stewardess lloraron incluso al despedirla durante el descenso.

La Madre ("la Mujer" dejará de serlo para transformarse a intervalos en la Madre) mantendría unos minutos ese andar airoso, la niña en el brazo derecho, el neceser en la mano izquierda (un pasajero había insistido en ayudarla, pero declinó amablemente la invitación, temerosa de que el Señor la viera y se encelara... era muy celoso); el sombrero coquetamente ladeado, los artificiales rizos negros estratégicamente liberados del sombrero, mientras se dirigía, alta y curvilínea, a la Banda Número Tres. Los empleados del aeropuerto prácticamente se disputaron el privilegio de impedir que la Madre tocara su engorroso equipaje, pero cuando salió a la valla donde una sonriente multitud aguardaba la aparición de alguien especial, nunca supo quién, el orgullo se le deslizó hasta los botines de charol.

Hola señora, le dijo aquel sonriente hombrecillo que le llegaba apenas al hombro y sin embargo la miraba con una

confianza rayana en la insolencia, el Señor no pudo venir... surgió un imprevisto. Me pidió que las recogiera para llevarlas a casa... ¡hola, chiquita linda!, agú, agú...

La niña ni se movió bajo el zafio toque del achichinle del Señor (Ángel Valente se llama), pero la Madre la retiró como no queriendo la cosa. Lo siguió después hasta donde aguardaba el Lincoln negro.

Pero no era el Lincoln negro, sino un Mercedes blanco. Ángel Valente rió al ver la expresión de la Mujer.

Hubo un percance con el otro coche, seño, le explicó en ese tono condescendiente que le revolvió el estómago, haga de cuenta que éste lo compraron para la pequeña...

Mujer e hija se introdujeron en silenciosa procesión al asiento trasero, y Ángel Valente se ubicó frente al volante sin dejar de silbar una tonadilla de Cri Cri. En el trayecto al departamento de la colonia Roma, no dejó de mirar a la bebé a través del retrovisor y hacerle ruiditos bobos, como no percatándose de que la Mujer estaba al borde del llanto.

¿Para qué me pide que vuelva si ni siquiera es capaz de venir a recogernos?

Dice el Señor, continuó alegre Ángel Valente mientras cruzaban una anormalmente silenciosa avenida Cuauhtémoc, que se pongan cómodas, que no se preocupen...

¿Hay algo por lo que deba preocuparme?, preguntó la Mujer, de mala gana. Ángel Valente volvió a reír, cómplice de sí mismo.

En lo absoluto, seño, en lo absoluto... El Señor ya le ha llenado de comida el refri... para usted y la preciosa... que no se moleste por nada, por naditita... me pidió le dijera que se quedara esperando su llamada, que no saliera por ningún motivo. Si llegara a ofrecérsele algo nomás llámeme y estaré como el genio de Aladino...

El corazón le dio un vuelco a la Mujer. No era normal que el Señor le mandara decir que se quedara en casa. Ella sabía perfectamente que así tenía que ser. ¿Para qué reiterarlo con tanta precisión? Se le secó la garganta sólo de imaginar que el Señor quisiera mantenerla prisionera para que nadie se enterara del nacimiento de la bebé...

(La depresión post parto, no diagnosticable aún, le nublaban el raciocinio: ¿Para qué hacerla regresar si deseara esconder a su hija?)

Por supuesto no externó sus temores al achichinle, simplemente dijo: Tenía planeado salir al parque con la niña...

Ay, seño, ¿quiere que la preciosa empiece a respirar aire viciado tan pronto?

La Mujer se mordió los labios. No podía hacer partícipe de sus temores a este hombrecito. No le quedaba más remedio que obedecer y aguardar la llamada para plantear sus dudas y sus temores. Ya el Señor la apaciguaría con uno de esos convencientes discursos que ella se esforzaba por creer.

El departamento parecía demasiado oscuro, no obstante que una de las virtudes que la convenció de quedarse había sido su luminosidad. Fue como deslizarse al interior de una ballena: experimentó una soledad aplastante. Ángel Valente entró tras ella, seguido por Pepe, el hijo del portero, acarreando ambos las maletas de madre e hija (el sólo equipaje de la bebé parecía de Gina Lolobrigida, pensó el estudiante). La Madre, nada más por convencerse de que tenía voz, preguntó a Pepe si no pensaba ir a clases (estudiaba administración en la UNAM) y Pepe respondió con naturalidad que no habría clases ese día, pero que de todas maneras tenía que reunirse con sus compañeros para un mitin. Así dijo. A la Mujer no le interesaba en realidad, lo único que deseaba era no permanecer en silencio. Ángel Valente tendió a Pepe una propina que este rechazó con extraña altivez; luego Ángel Valente volvió a recordarle a la Mujer que permaneciera en el departamento y se retiró entre ridículas venias dirigidas a "la preciosa". La soledad estrujó la garganta de la Mujer, al grado de sacudir a la bebé quien apenas suspiró. Se apresuró a depositarla en la fastuosa cuna de cortinajes color yema que ya aguardaba por su soberana junto al lecho matrimonial. Una vez convencida de que la bebé estaba a salvo, se abalanzó sobre la barra de bebidas que dividía el espacioso comedor de la ampulosa sala, y con nervioso pulso vertió whisky en un vaso mal lavado.

Justo en el instante de empinar el vaso, vio pasar el primer helicóptero. No volvería a ver otro en el resto del día, sin embargo esa sola visión invasora frente al ventanal, sumergiendo en penumbras la sala, aunque fuera sólo un parpadeo, era como ver un ave de mal agüero. La Mujer se preguntó durante un rato de qué se trataba, por qué un helicóptero casi al ras del suelo (estaban en el cuarto piso) pero al cabo de una hora yacía la Mujer dormida sobre el sofá, con una revista Claudia abierta sobre el regazo y una botella vacía sobre la alfombra roja.

El timbre del teléfono las despertó, a la madre y a la hija. Esta rompió a llorar con la energía almacenada de varios días. La Mujer se abalanzó prioritariamente sobre el aparato, a pesar de que el demandante lloro de la criatura le obstaculizaba la comunicación.

¡Pero qué pulmones!, rió el Señor del otro lado del alambre.

No había despertado en horas, explicó la Mujer, durmió todo el trayecto de Hermosillo hasta acá... ¿vas a venir?

Lo dudo bastante, mi vida. Por supuesto que me muero por conocer a "la preciosa", como la llama el baboso de Ángel... dice que es igualita a mí, o sea, me ha llamado "precioso", rió de buena gana. Probablemente nos veamos hasta mañana... surgió un imprevisto...

Nada dijo la Mujer, simplemente se mordió los labios. Tenía demasiada práctica en eso, tanto que sus labios, otrora rosados y suaves, habían adquirido una desagradable tonalidad amaratada. Anda, dijo risueño el Señor, ve a atender a esa criatura. Y colgó.

Fue una noche difícil: no obstante alimentarse la bebé, aunque no del seno de su madre pues existía el prejuicio de que los senos se volvían flácidos por amamantar. La Madre la sumergió en una tina con sales aromáticas, la embadurnó de talcos y esencias francesas y la cercó de sonajas, pero la bebé no paró de llorar en toda la noche. Consideró entonces la posibilidad de llamar a la Doctora, pero antes le marcó a su Comadre y mejor amiga quien cohabitaba con otro Señor, tan ausente como el suyo, sobre todo en ese preciso instante, y le manifestó su preocupación. Curiosamente Socorro estaba pasando un trance similar con Mariano, su hijo de tres años que se rehusaba a permanecer quieto en el departamento y se había escabullido al sótano como un gato moribundo dispuesto a lanzar un zarpazo contra quienquiera que osara sacarlo de ahí. La Madre, por tanto, no encontró solución a su problema: la bebé callaba a intervalos, y cuando parecía que por fin conciliaría el sueño, rompía a llorar de nuevo. La Mujer terminó sacudiendo con desesperación a la criatura, luego fue a servirse otra copa. El amanecer la sorprendió derrumbada junto a la cuna de la bebé; sumida ésta en un sueño herido e inquieto y un par de botellas vacías en la alfombra roja.

El segundo helicóptero pasó tan cerca que la Madre despertó sobresaltada ante el rozón de la hélice contra el cristal de

la ventana, y lo mismo la bebé. Los pocos minutos que consiguió conciliar el sueño había sufrido pesadillas donde sacerdotes lujosamente ataviados tendían vírgenes llorosas pero mansas sobre una piedra para arrancarles el corazón. No entendía nada. Ni siquiera se había enfundado en el camisón. Se abotonó presurosamente la blusa de seda, temerosa de que los tripulantes de aquel armatoste vislumbraran su escote, luego fue a correr las cortinas entre maldiciones. Tomó a la llorosa bebé en brazos y salieron de la habitación, como si temiera que desde aquel helicóptero le arrojaran una ráfaga de metralla (le pareció ver que el copiloto portaba una arma alargada y fina como un instrumento musical... más tarde la convencerían de que se lo había figurado). Volvió a aplicarle el biberón a la bebé, quien lo recibió como si no hubiera comido en siglos. Aprovechó la Mujer la distracción para retirarse la blusa echada a perder (sudor penetrante, vómitos de bebé, lápiz labial, whisky) e introducirse velozmente a la ducha. Tuvo tiempo de lavarse el cabello corto y enjabonarse el cuerpo, no sin advertir que había perdido tono y firmeza y que, por si fuera poco, la cicatriz de la cesárea era una letra escarlata tatuada sobre su blanca piel. La bebé rompió a llorar nuevamente. Esta niña está enferma, se dijo la Madre, olvidando de momento su nuevo estigma. Envuelta en una toalla acudió al llanto, tan demandante como el apetito de su padre. ¿Qué ocurre contigo?, la sacudió. No tenía sarpullido, ni gases, ni inflamación, ni picaduras de mosquitos. Nada. Simplemente lloraba como si se le estuviera rompiendo el corazón. Así se lo que le dijo la Madre a la Doctora por teléfono: a esta niña se le está rompiendo el corazón. La doctora le pidió que pasara a su consultorio.

No puedo salir, sollozó la Mujer, lo tengo prohibido...

La Doctora hizo acto de presencia en el departamento media hora después, cuando ya la Mujer había arrasado con una botella de whisky y abría otra más. La galena, que conocía a la Mujer desde hacía algunos años (tenían la misma edad, aunque la Madre parecía mayor... quizá debido al desvelo y a la resaca), se sorprendió de verla bebiendo tan descontroladamente.

¿Qué ocurre con usted, Madre?, inquirió mientras descubría el vientre de la Niña.

¿A qué te refieres?, tuteó a la Doctora a pesar de que la relación entre ellas era un secreto profesional, ¿A mi gordura?... ¿Al paño de mi cara?...

Le sienta ese corte, comentó casualmente la Doctora mientras escuchaba atentamente el corazón de la Niña.

La Mujer acogió un tanto incrédula la lisonja y se apresuró a rellenar otro vaso.

¿Gustas una copita, Gloria?

No, gracias... Y usted tampoco debiera beber tanto... ¿desde cuando...?

Desde ayer, empinó el vaso de golpe: ¿Qué tiene la niña?

No veo nada raro, al contrario, es el bebé más sano que he visto en mucho tiempo.

Entonces... ¿por qué diablos no para de llorar?

No ha llorado en todo este tiempo, resopló la Doctora, seguramente está nerviosa por algo... por ahora parece tranquila...

El helicóptero rozó con su cola el ventanal de la sala, anocheciéndolo todo. Advirtió la Mujer que no era "su helicóptero", sino otro: éste de color caqui y con la bandera de México pintada en la portezuela.

¡Desde ayer están pasando esos mugrosos helicópteros frente a mi ventana!, mira, la bebé ya hasta se acostumbró... no ha llorado esta vez.

Lo único que sé, dijo la Doctora, es que hoy estaba programada una marcha en Tlatelolco... me lo dijo mi marido... Prefirió no acudir porque pensó que podría ponerse fea la cosa... seguro ya se puso... ya ves como son estos comunistas...

La Madre recordó de pronto las palabras de Pepe la tarde de ayer, como si apenas las escuchara: Reunión... marcha... Nación... Democracia... Verdugos... Traición...

¿Y qué culpa tengo yo?, preguntó descorazonada al helicóptero que le tapaba el sol. La doctora pensó que estaba enloqueciendo. La Mujer cedió al infantil impulso de hacerle un ademán familiar a los ocupantes de la nave militar, "adiós", y el aparato se alejó en medio de un ronroneo persistente.

La Doctora le recetó un sedante suave a la bebe, sólo en caso de que volviera a llorar. Rogó la Mujer porque no hubiera necesidad de llamar a Ángel Valente (bueno, podía pedirle a Pepe que fuera a la farmacia... aunque el Señor le había indicado que no profundizara en su relación con los porteros). La Doctora se despidió dejando a la Niña tranquila pero despierta, cosa que no gustó nada a la Mujer (mientras estuviera despierta podía romper a llorar en cualquier momento); la depósito de vuelta en su cuna y fue a darse otra ducha, sin que su

llanto volviera a sacarla de ahí. Mientras el chorro de agua caliente amansaba a su cicatriz, la Mujer recordó que no había encendido ni la radio ni la televisión. Seguramente ahí encontraría la respuesta a su duda existencial. Ataviada con un kimono corrió a encender la TV. Nada parecía estar ocurriendo no obstante los helicópteros sobrevolando la ciudad, semejantes a aves de carroña. Las calles lucían tranquilas e iluminadas. La gente transitaba a pie y en coche con la prisa normal de cada día.

Timbró el teléfono. La Niña rompió a llorar nuevamente. La Mujer se abalanzó sobre el aparato.

¿Diga?

Hola señora, ¿cómo está? Habla Ángel...

¿Qué quiere?

El Señor me pidió le dijera que no va a poder pasar tampoco hoy... tuvo que salir inesperadamente del país.

¿Cómo dice?

Que lo disculpe; que mañana se pondrá en contacto con usted para decirle cuándo pasará a conocer a la preciosa... a propósito, ¡cómo llora!, ¿ya la revisó la Doctora?

¡No me diga lo que tengo que hacer!, ladró la Madre con lengua estropajosa. Y colgó.

Acto seguido corrió hacia la cuna y tomó amorosamente a la bebé, quien poco a poco dejó de llorar, hasta quedar reducido su dolor a un suspiro, que pareció el último. Aún en la bata oriental, procurando a su vez que la bebé estuviera perfectamente cubierta, la Madre abrió de par en par la puerta del departamento. Un chiflón helado la hizo estremecer: era el mayor acto de rebeldía al que podía acceder: dejarse ver por los vecinos... exhibirse en bata... con la bebé... pasearse descalza por el pasillo...

Había un silencio casi sepulcral en el piso, aunque desde muy lejos le llegó el llanto de una mujer y algo así como cohetes tronando en el aire. ¿Qué diablos se celebra hoy?, se preguntó la Madre, súbitamente eufórica. El eco de varios televisores sintonizados en el noticiario de Jacobo Zabłudowski, reproducían el acento extranjerizado de Paula Cussi asegurando que ese 2 de octubre de 1968 a las nativas de Capricornio se les afinarían sus dotes paranormales. El sonido del motor de un tonto helicóptero le impidió a la Mujer escuchar su horóscopo completo. ☹



Eduardo Brenis